



vaya más allá de la simple provocación al autobombo. Es curioso, sin embargo, seguir la lectura del libro, puesto que, a fin de cuentas, la problemática de cualquier rodaje se deja sentir de forma brusca e ilustrativa.

Como explicaba siempre, con humor y distanciamiento, Alfred Hitchcock en un libro publicado hace años por Alianza Editorial, pero que cobra estos días una especial actualidad gracias al ciclo que TVE ofrecerá hasta septiembre como homenaje al director inglés recientemente fallecido: "El cine según Hitchcock", de François Truffaut, consiste en una amplia y minuciosa entrevista en la que Hitchcock va opinando sobre todas y cada una de sus películas con la objetividad de quien no se ha dejado vencer por la vanidad ni ha bloqueado su objetivo por el éxito internacional.

Sobre Hitchcock, lógicamente, hablan ahora con frecuencia las revistas especializadas que han visto la luz recientemente: "Contracampo", de edición mensual, prolongación en cierto modo de la ya desaparecida "Nuestro Cine". "Pellicula", dedicada casi exclusivamente al cine catalán y escrita, lógicamente, en esa lengua. "Full de Cinema", que coincide con la anterior en la lengua utilizada, pero que abarca planteamientos más amplios. En su último número, por ejemplo, dedica amplios trabajos a Rosi y Peckinpah.

Sobre este último autor, un cineasta español, Gonzalo Suárez, bien conocido también por sus espléndidas e imaginativas novelas, ha publicado un libro

de narraciones, "Gorila en Hollywood", donde Peckinpah adquiere caracteres de protagonista en algún momento. No podía ser de otra manera, no ya sólo por la amistad que une a ambos cineastas, sino porque

"Gorila en Hollywood", al margen de un excelente libro narrativo, es también un apunte de diversos proyectos cinematográficos (o posibles proyectos) que probablemente nunca se transformarán en películas dada la penuria por la que ahora atraviesa de forma especial el cine español. ■ DIEGO GALAN.

El gorila como juego

UNA primera lectura de Gorila en Hollywood nos revela que lo componen ocho cuentos situados entre un prólogo y un epílogo. Cervantes, en el prólogo del "Quijote", habla precisamente de los prólogos: "Sólo quisiera dártele (la historia de don Quijote) monda y desnuda, sin el ornato del prólogo, ni de la innumerabilidad y catálogo de los acostumbrados sonetos, epigramas y elogios que al principio de los libros suelen ponerse. Porque te sé

decir que, aunque me costó algún trabajo componerla, ninguna tuvo mayor que hacer esta prefación que vas leyendo. Muchas veces tomé la pluma para escribirla, y muchas la dejé, por no saber qué escribiría; y estando una suspenso con el papel delante, la pluma en la oreja, el codo en el bufete y la mano en la mejilla, pensando lo que diría, entró a deshora un amigo mío gracioso y bien entendido, el cual, viéndome tan imaginativo, me preguntó la causa, y no encubriéndosela yo, le dije que pensaba en el prólogo que había de hacer a la historia de don Quijote, y que me tenía de suerte, que ni quería hacerle ni menos sacar a la luz las hazañas de tan noble caballero".

Y con frases como éstas, puestas una detrás de otra, Cervantes terminó de componer el prólogo del "Quijote". Sin mayores dificultades, Gonzalo Suárez construye el prólogo de "Gorila en

ADIOS A LAS LETRAS

Chamorro no quiso

LA escena más divertida de la presentación madrileña del libro Felipe González, un hombre a la espera, de Eduardo Chamorro, ocurrió cuando el autor de la biografía y la esposa del biografiado intercambiaron unas breves palabras de precisión.

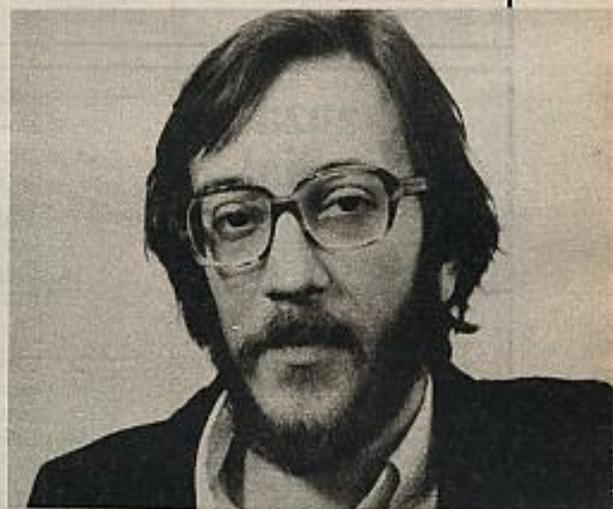
Preguntó Pilar Narvió, la periodista de Pueblo, que pregunta más que Basilio Gassent, el periodista de la SER: "¿Por qué no aparece en tu libro, Chamorro, la mujer de Felipe? ¿Fue porque no pudiste hablar con ella?".

La hasta entonces silenciosa Carmen Romero fue la que respondió ("Es que no me dejé"), para recibir en seguida una réplica chamorrista: "Es que yo no quise".

Fue un escarceo verbal que divirtió mucho al líder del PSOE, que seguía la batalla aferrado a uno de los últimos puros de una colección que ha dejado de hacer. Desde esa posición en el terreno, Felipe González intervino a carcajadas: "Eso lo van a tener que explicar más ampliamente, porque queda muy confuso".

De resto, fue el día de Chamorro, aunque estuvo oscurecido, por propia voluntad, en una fiesta en la que José Manuel Lara, como siempre, puso la guinda editorial. Este hombre lleva un sello en un bolsillo y lo pone allí donde va. Yo no sé si todo lo que cuenta es estrictamente serio y cierto, pero casi todo lo que dice merece haber pasado. Parece un mediterráneo, cuando es andaluz, porque siempre asocia los símbolos entrañables con el símbolo del dinero.

Eduardo Chamorro estaba serio y circunspecto, cosa que es habitual sólo en su voz, una de las más recias de la literatura periodística española; yo creo que estaba tan reacto ante la expansión, porque conoce el paño que se vende en su profesión, compuesta de seres angelicales que guardan el aguijón en la Redacción, adonde vuelven después del puro para repartir los cogotazos de que no pudieron impregnar las preguntas.



Eduardo Chamorro.

En general fueron amables con Chamorro, porque sólo le hicieron aquel reproche referido a la ausencia de la esposa de Felipe en lo que éste consideró como un libro político, pero no como una biografía.

Fue un almuerzo de trabajo, porque en él revisó Felipe González gran parte de las erratas y los errores del libro de Chamorro, mientras José Manuel Lara aseguraba que todas las enmiendas entrarían en la edición inmediata del volumen. Fue muy bonito oír que el editor le decía al líder socialista: "Felipe, que esas correcciones estén cuanto antes en Barcelona". Felipe asentía con la cabeza, mientras detrás suyo se agitaba, rauda y solitaria, una de las banderas con las que Madrid recibió a Jimmy Carter, un personaje de Georgia que habla español como quien está comiendo nueces en sueños. ■ SILVESTRE CODAC.